

LOS DOMINGOS

— P F —

LA NUEVA PRENSA



UNA inmensa tristeza cubre de crespón negro nuestras almas. Mil frases se escapan sin querer de nuestros labios y la pluma solícita siempre se resiste á escribir y parece que la oímos quejarse. Y es que hay razón para ello, es que ha muerto una virgen, es que ha volado para ir á disfrutar "del sol de extraño clima" una ave-cita blanca, tan blanca que era intocable su plumón de nieve, tan blanca que el lirio y la azucena al verle murieron de celos y de envidia. Petti era toda virtud: su confesor nos decía un día de estos mientras dos lágrimas rodaban por sus rugosas mejillas: "Ella era angelical." Su trato suave como

el terciopelo encantaba, su físico era irreprochable; tenía pálidamente sonrosado el semblante, los ojos negros, brillantes y rasgados, la nariz suavemente perfilada y la boca pequeña, boca pura, boca que no se abría sino para murmurar oraciones y frases de dulzura. Vivió consagrada á su trabajo; ahí la veíamos todos los días pasar apresurada para ir á su teléfono, teléfono huérfano, que no volverá más á llevar, como solía, la vocesita suave y melodiosa de Petti, la malograda Petti.

Y ahora? llorar tan solo, por la virgen que se fué, y que nuestro lloro sea un modesto tributo de tristeza.

Sor Urbana

POEMA EN DOS CANTOS

Se conocieron en uno de los vaporcitos que atraviesan la bahía.

Ella iba á oír la misa de alba. Clareaba. Los farolillos de los buques palidecían.

Ella—Sor Urbana—rezaba. Sus ojos azules, de un azul

muy intenso contrastaban con su cutis marfileño.

Leandro dormitaba en el asiento contiguo, después de una noche de locuras, en que el ajenjo que había bebido, producía febre helada.

Su sueño lo interrumpió un

golpe seco: el libro misal de Sor Urbana había rodado, y las estampas y oraciones que marcaban las páginas, volaban arremolinadas por el airecillo precursor del alba: Leandro corrió tras ellas, las agrupó, y silencioso entregó los místicos cromos á la interesante religiosa.

Ella, entre un *bendita sea tu pureza* y un *amén* le dió las gracias murmurando:

—Qué aire tan frío—! Y así se conocieron.

El le preguntó en cuál hospital servía la época de su servicio religioso, y su imaginación de poeta enfermo le indujo á pedirle su historia y su nombre en el mundo profano.

Sor Urbana tuvo una ráfaga de juventud, se vió vieja á los veinteaños, encerrada en el sudario de su hábito, y muy bajito le dijo:

—Caballero, me llamo Estrella y el pan bendito es el único consuelo de mi triste vida. ¿Queréis saber mi historia? Figuraos la historia de una mujer que á los veinte años se sacrifica!

Y Leandro tuvo un desbordamiento meridional, le murmuró que abandonara el velo teniendo una cara llena de las dulzuras de los santos; que amara, pues el amor terrestre era aún más santo que el amor divino, y que su ensueño era ella bajo el castísimo cendal de la religión... En esta última parte habló el ajenjo.

Sor Urbana cerró los ojos como embriagada ante aquel abismo de palabras hinoptizantes.

—Estrella, os amo! Si algún día fuera al hospital, acordaos de mí. No tengo más fortuna que el azul de las ilusiones.

El vaporcillo atracó y Sor Urbana, tambaleándose, salió sin saludar al poeta Leandro.

* * *

Las ocho. Visita de médico. Es un señor cano de levitón negro. A su derredor se agrupan los alumnos.

—Cámara número diez—dijo el enfermero. Ha entrado esta mañana á las seis.

—Afección cardiaca, neurostenia y casi seguro que tiene principio de alcoholismo. Perdido en esa naturaleza de veintitrés años. Esta receta y un calmante—escribió en su libro alargándole el papel al interno de guardia.

La sala quedó vacía, y en su delirio Leandro, el número 10, vió una cara, donde dos ojos azules se inclinaban sobre su almohada.

—Estrella, mi ilusión, mi ensueño. ¿Es usted? La hermana

no respondió: dos lágrimas rodaron por sus mejillas, que comenzaban á hundirse.

—Estrella, yo muero, tengo en el alma el asco de lo mundano, vuelo al azul de mis ilusiones.

Y se contrajo.

A las nueve, después de las oraciones de dormir, el salón quedó en el más desesperante silencio. Una sombra marchando de puntillas, llegó á la cama donde Leandro, rígido, con el rostro rojizo por el resplandor de una agonizante vela,

dormía..... dormía.....

Sor Urbana se inclinó sobre el cadáver. Creía oír el acariciador, Estrella.

Después, mirando asustada á todos lados, dió en los labios lívidos del muerto, un beso largo, amorosísimo, embriagador.

Era el primer beso que había dado á un hombre, ¡y á un hombre muerto!

Y en sollozos que ahogaba con el pañuelo, se desplomó sobre la alfombra.

FRANCº GARCÍA CISNEROS.

Emilio Hernandez

Nada tan triste como esas victorias q' alcanza la muerte en las inteligencias jóvenes.

El absurdo aparece, porque no es posible conformarse viendo que ahí, en donde unos días antes todo era vigor, lozanía, esperanzas é ilusiones, hoy aparece nada más que el cuerpo inanimado.

Nuestra mente en presencia de tales hechos, se revela contra el Destino, y altiva y orgullosa clama contra esas leyes inmutables.

La vida es un tesoro que sólo se sabe apreciar cuando el cerebro está repleto de ideas y de proyectos magníficos. Entonces, la muerte aparece como un fantasma horrible que nos atormenta, y contra la cual

queremos aprestarnos siempre á la lucha. Nos parece que tenemos derecho á la existencia, porque cuando estamos jóvenes todavía no se ha vivido lo suficiente para que la fría decepción invada nuestros corazones.

"¡Oh! hay que dejar vivir á los jóvenes, á los engañados,—decía un viejo escritor—hay que dejarlos vivir para que aprendan y la experiencia les demuestre que más preciosa es la muerte". Viejos escépticos, dejad que los engañados vivan la vida del engaño y no dejéis siquiera asomar las espesas tinieblas de vuestras almas, porque la luz y la alegría es de la juventud, y sólo por ellas vive.



Emilio Hernández era un excelente joven que reunía todas las buenas cualidades y que dejaba entrever allá en el porvenir muchas esperanzas.

Su familia lo llora amarga-

mente y nosotros sus amigos también tenemos de él muchos buenos recuerdos y vertemos muchas lágrimas sobre su tumba.